

GABRIEL TRUJILLO MUÑOZ

La Vanguardia, el primer periódico en ser publicado en Mexicali a partir de 1917, representa no sólo un hito en la historia de la prensa bajacaliforniana y fronteriza, sino que es, sobre todo, una radiografía de la situación social y cultural de Baja California y el símbolo evidente y clamoroso de la aparición de toda una generación de intelectuales, que hicieron de la prensa y la literatura un mismo ideal creativo.

DE MONTERREY A MEXICALI: *Héctor González y su legado fronterizo*

No olvidemos, en primer lugar, que la revolución de 1910 y su caudal de alzamientos regionales, que incluye la rebelión anarcosindicalista propiciada por los hermanos Flores Magón en Baja California, desquició el eje del poder político en la entidad y llevó a que el centro militar se desplazara del puerto de Ensenada al poblado fronterizo de Mexicali. De la zona costa del Pacífico, donde residió el poder durante el porfiriato, éste pasó a la región desértica, colindante con Arizona y Sonora, por razones estratégicas, pues para lidiar con los grupos rebeldes fronterizos era necesario asegurar las aduanas, los puntos de entrada, evitando así sorpresas mayores, como las tomas de Mexicali y Tijuana por las tropas floresmagonistas en 1911, que habían puesto en jaque la vida política y económica de la península.

Para 1915, el coronel Esteban Cantú, el caudillo que había tomado control, con el apoyo de amplios sectores de la población, del Distrito Norte de la Baja California, cambió la capital de Ensenada a Mexicali y con ello transformó completamente el equilibrio de fuerza de esta zona del país. Al hacerlo, sin embargo, dejó en la estacada a una serie de negocios adyacentes al poder que se resistieron a cambiar de población. Entre estos negocios estaba la prensa oficial que se dedicaba a la publicación de los edictos oficiales y las proclamas del gobierno. Lo que ocasionó un vacío informativo en la recién nombrada capital del Distrito Norte.

Ante esta situación incómoda, el propio Cantú apoyó a un grupo de jóvenes intelectuales de toda su confianza, donde destacaría Héctor González, para impulsar las reformas políticas a nivel municipal y para darle voz a sus políticas de gobierno desde

NECESITABA, PUES, SU PROPIA PRENSA. ES DECIR: UN MEDIO PERIODÍSTICO QUE PONDERARA LOS LOGROS DE SU GOBIERNO Y LOS DESATINOS DE LA REVOLUCIÓN ARMADA EN FORMA POR DEMÁS COMEDIDA PERO CON FIRMEZA

Mexicali. Este grupo, proveniente del estado natal del propio coronel Cantú, esto es, de Nuevo León, estaba conformado por abogados y médicos que sirvieron de punta de choque para dar a conocer el programa político y social de un gobierno neutro en lo ideológico y con una administración que utilizaba los recursos de los negocios, legales e ilegales, del Distrito Norte para aceitar una maquinaria gubernamental que puso en pie, en forma por demás expedita y eficaz, vastos proyectos que dieron identidad propia a las ciudades fronterizas, a Tijuana y Mexicali principalmente. Mientras este auge se fortalecía en las ciudades de frontera, Ensenada iba languideciendo, con lentitud pero inexorablemente, por su lejanía con el comercio aduanal y de entretenimiento de los poblados antes mencionados.

Cantú sabía que, en el mar turbulento del México revolucionario, Baja California era una excepción afortunada, un remanso de relativa paz ante los embates de villistas, zapatistas, carrancistas y obregonistas que asolaban el resto del país. Era necesario que a cada momento y con cada nuevo gobierno entrante, el coronel-caudillo pudiera ofrecer su versión de los hechos y, a la vez, mostrar a los propios bajacalifornianos los riesgos y peligros que ocurrían por el encono de las facciones revolucionarias, en otras partes de México, para que los ciudadanos del Distrito Norte apreciaran mejor la paz cantuista a la antigua: mucha administración y poca política. Mucho orden y respeto. Necesitaba, pues, su propia prensa. Es decir: un medio periodístico que ponderara los logros de su gobierno y los desatinos de la revolución armada en forma por demás comedida pero con firmeza. Dos años después de acceder Cantú al poder, el 14 de octubre de 1917, salió publicado el primer número de

La Vanguardia, periódico semanario, en Mexicali, y con un precio de 10 centavos oro americano.

La Vanguardia era un semanario ilustrado que incluía páginas de anuncios a color. Héctor González, un joven intelectual nuevoleonés traído a Baja California por Cantú, era su director general. Como Mexicali no contaba con imprenta en territorio nacional, *La Vanguardia* se imprimía en la vecina ciudad de Caléxico, California, y por lo mismo su dirección era un apartado postal (el 472) en esta población californiana. Su agente de anuncios era William Clay Silver, un experto en *advertising*. Los periodistas que hacían este semanario sabían bien que su publicación era un órgano de gobierno apenas disfrazado. Por eso, aunque en su página frontal aparecía una viñeta con dos revolucionarios armados y a caballo, los lemas que se mostraban al calce de esta página exponían desde: “cooperar no es aplaudir. También coopera el que censura y a veces sirve mejor que el que aplaude”, hasta “sólo un gobierno fuerte y apoyado en la opinión puede arrostrar la verdad y aún buscarla. Inseparable compañero de ella, no teme la expresión de las ideas, porque indaga las mejores y las más sanas para cimentar sobre ellas su poder indestructible”. Lo cierto es que este periódico basó su labor en la cooperación, donde la censura al régimen fue mínima y los aplausos se dieron al por mayor, al ser este semanario el vehículo oficial y oficioso de los proyectos, proclamas y saluciones que este gobierno ofrecía a la opinión pública de ambos lados de la línea fronteriza.

Como había sucedido con *El Progresista*, el semanario ensenadense, quince años antes, *La Vanguardia* fue un periódico dividido, en generoso equilibrio, entre anuncios y edictos por una parte y los textos literarios

del otro, en cuyo centro aparecían las noticias regionales y los artículos de actualidad. En cuanto a los anuncios, estos eran de dos tipos: los comerciales y los oficiales, incluyendo edictos y proclamas gubernamentales por motivos políticos, especialmente electorales.

Los anunciantes de *La Vanguardia* provenían de los tres principales poblados del Distrito Norte de Baja California (Tijuana, Mexicali y Ensenada), incluyendo empresas y negocios del otro lado de la frontera. Es obvio que esta publicación mantuvo un amplio espectro de anuncios comerciales que abarcaban las dos fuerzas rectoras de la economía bajacaliforniana: el trabajo (la construcción de poblaciones en auge agrícola e industrial) y el placer (la proliferación de cantinas, hoteles y burdeles para atracción de propios y extranjeros). En ambos casos había un factor común: el *relámpago verde* de los dólares que aceitaba la maquinaria del progreso de la entidad y la mantenía unida al capital extranjero. Los anuncios del gobierno, por su parte, iban desde un edicto del juzgado a la primera instancia de Ensenada en procesos de testamentaria hasta el aviso, por parte de la municipalidad de Mexicali, sobre su división electoral de cara a las próximas elecciones, incluyendo la ubicación de las casillas electorales y a las seis divisiones de tal municipio. Así, en el número del 20 de octubre de 1917 se informaba a la ciudadanía de estos cambios para las elecciones del dos de diciembre de ese mismo año.

En cuanto a los textos literarios, *La Vanguardia* sirvió de caja de resonancia de los gustos y lecturas de Héctor González, que consistían en novelas europeas y literatura por igual romántica, realista y del modernismo en boga entonces. Se publicaban, por ejemplo, *La Mano* de Guy de Maupassant, los cuentos de Arthur Conan Doyle, *Lucero del alba* de Guillermo Prieto, el poema “Delirio” de Felipe Guerra Castro, al igual que semblanzas de escritores nacionales y extranjeros. La ideología librepensadora permeaba el gusto literario haciendo que este periódico diera bandazos entre un espíritu elitista, de torre de marfil, y las expresiones populares en uso, junto con poemas como “Desde Zaragoza” de Melitón González (¿el propio Héctor González disfrazado de pueblerino dicharachero?):

Voy a cantar unas coplas,
y no es que yo esté contento,

es por ganas de hacer algo
sin que me cobren impuesto.

Casarte por el dinero
pide a Dios que no t'ocorra,
que el dinero en el querer
es el gusano en la fruta.

Te enganchan los tribunales
por muy diferente sitio:
el melitar, por la faja;
el cevil, por el bolsillo.

Ya Alfonso Rangel Guerra ha dicho en el prólogo de *Siglo y medio de cultura nuevoleonés* (segunda edición, 1993) de Héctor González (nacido en Monterrey, en 1882) que éste se ocupaba tanto de asuntos literarios como de las manifestaciones periodísticas, a las que consideraba “valiosos testimonios impresos del paso del tiempo” y documentos esenciales para deslindar e interpretar a la cultura regional. Para don Héctor, lo primordial era “la literatura, la historia, el periodismo y la oratoria. La literatura, principalmente la poesía, se considera junto con la oratoria la suprema expresión cultural. Por otra parte, la historia y el periodismo, actividades desarrolladas en forma autodidáctica, tienen también una presencia muy significativa en el proceso cultural local, lo cual se explica si se toma en cuenta que el propio autor practicó ambas expresiones, como también lo hicieron muchos de sus contemporáneos, principalmente quienes ejercían la abogacía o habían estudiado derecho”. Héctor González pertenecía, sin duda, a una generación de jóvenes ilustres e ilustrados, la de principios del siglo XX, que se educaron en el Monterrey de Bernardo Reyes, pero que para la segunda década del nuevo siglo ya se mostraban inconformes con el régimen político anterior (el porfiriato) y con el academicismo literario de los escritores mayores, por lo que el propio González luchó contra los “retóricos del siglo pasado”, que buscaban imbuir a los jóvenes “con la idea de que la obra literaria es susceptible de confeccionarse por medio de reglas o recetas, que invariablemente resultan ineficaces e insuficientes para su objeto y que, de respetarse, motivarían el estancamiento definitivo de toda producción”. Para evitar tales estancamientos en lo político y en lo cultural, Héctor González se vio en la necesidad de salir de su tierra natal, donde la

incertidumbre y violencia de la Revolución mexicana en pleno lo obligaron a salir exiliado del país en 1914. Como relata Alfonso Rangel Guerra: al dejar México, González se instaló en San Antonio, Texas, y estando allí:

Recibió invitación del licenciado José F. Guajardo (el que siendo estudiante se opuso al general Bernardo Reyes y se vio obligado a dejar Nuevo León) para trasladarse a la ciudad de Mexicali, en el territorio de Baja California. El licenciado Guajardo desempeñaba en ese lugar el cargo de secretario de gobierno, siendo gobernador el coronel Esteban Cantú, originario de Linares, Nuevo León. Héctor González se trasladó a Baja California, donde fue juez de primera instancia. En Mexicali se mantuvo muy activo. Fundó *La Vanguardia*, primera publicación aparecida en lengua española en el territorio de Baja California. Este periódico lo fundó con dos sonorenses, Francisco Bohórquez y Ambrosio I. Leievier, el propio gobernador coronel Esteban Cantú y el doctor Roel (quizás Ignacio), también de Nuevo León. Después fundó *El Monitor*, que se imprimía en las prensas de *La Vanguardia* y donde escribió los primeros editoriales. Participó en la política local, siendo candidato a la presidencia municipal de Mexicali y después candidato a diputado para la XXIX Legislatura al Congreso de la Unión. Además de estas actividades políticas, publicó en 1918 un trabajo sobre la vida y obra del negrito poeta, José Vasconcelos, pero lamentablemente no hemos podido ver este libro. Además publicó en Caléxico *El Cuervo (The Raven)*, con traducción literal línea a línea, más dos traducciones del poema de Edgar Allan Poe, una de Bonalde y otra de Ricardo Gómez Robelo, más unas referencias al poema, de diversos autores. En las líneas iniciales, Héctor González dedica este trabajo “a mis antiguos amigos de Monterrey, la amada patria chica que nunca olvido, en donde me eduqué, y en donde empecé a soñar y a emprender”. Se refiere a Joel Rocha, Fortunato Lozano, Jesús de la Garza, Ricardo Arenales, Leopoldo de la Rosa, Enrique Fernández Ledesma, Eusebio de la Cueva, Carlos Roel, y concluye: “La mayor parte de ellos creo que conservan vivo lo mismo que yo, al través de sus andanzas, el recuerdo de aquellos hermosos días en que luchábamos por los fueros de la libertad en el pensamiento y en el Arte en los periódicos y en los cenáculos de la ciudad más industriosa, más inquieta y más culta del norte de la República mexicana”.

Como todo periódico que se precie de realizar una labor de cronista de su comunidad, *La Vanguardia* fue, gracias a Héctor González, un escaparate de la sociedad fronteriza de su tiempo en temas culturales, anuncios de comercios o avisos de gobierno. Pero no sólo en estas lides dio a conocer la vida de los bajacalifornianos en la segunda década del siglo XX. Esta vida apareció reflejada en sus páginas a través de noticias de diversa factura y origen, empezando por los anuncios profesionales que son una vía de acceso a deberes y saberes de los profesionistas fronterizos de aquella época y un atisbo de las necesidades y carencias existentes en el Mexicali de aquellos tiempos. Entre las principales demandas de información se hallaba la religión y el entretenimiento. Una aparecía en cuanto a celebración de solemnes rituales en la parroquia de Guadalupe de Caléxico, donde “la misa fue cantada por el coro de la parroquia que dirige el profesor José Vázquez y durante el ofertorio las señoras Beatriz Ramos y Esther González Murúa cantaron de modo magistral” a la vez que hizo acto de presencia la banda del 25º de Mexicali interpretando “El crucifijo” de Fauré. Esto habla de una cultura musical en ambos lados de la frontera que por igual se da en el estamento militar que en el eclesiástico. Del lado de la diversión, se publicaron el 20 de octubre de 1917, noticias sobre el programa de funciones en drama y en cine del Teatro México:

Este importante centro de reuniones de Mexicali abre de nuevo sus puertas al público el día 15 de diciembre, regentado por una nueva empresa, de la que es gerente el Sr. Lic. Antonio Horcasitas.

Los nuevos empresarios del Teatro México tienen el propósito de cubrir sus programas de invierno con películas de las mejores marcas europeas y americanas y con variedades y comedia. Ya se hacen arreglos para traer la compañía dramática de Virginia Fábregas, que ha hecho una temporada de mucho éxito en San Antonio, Texas.

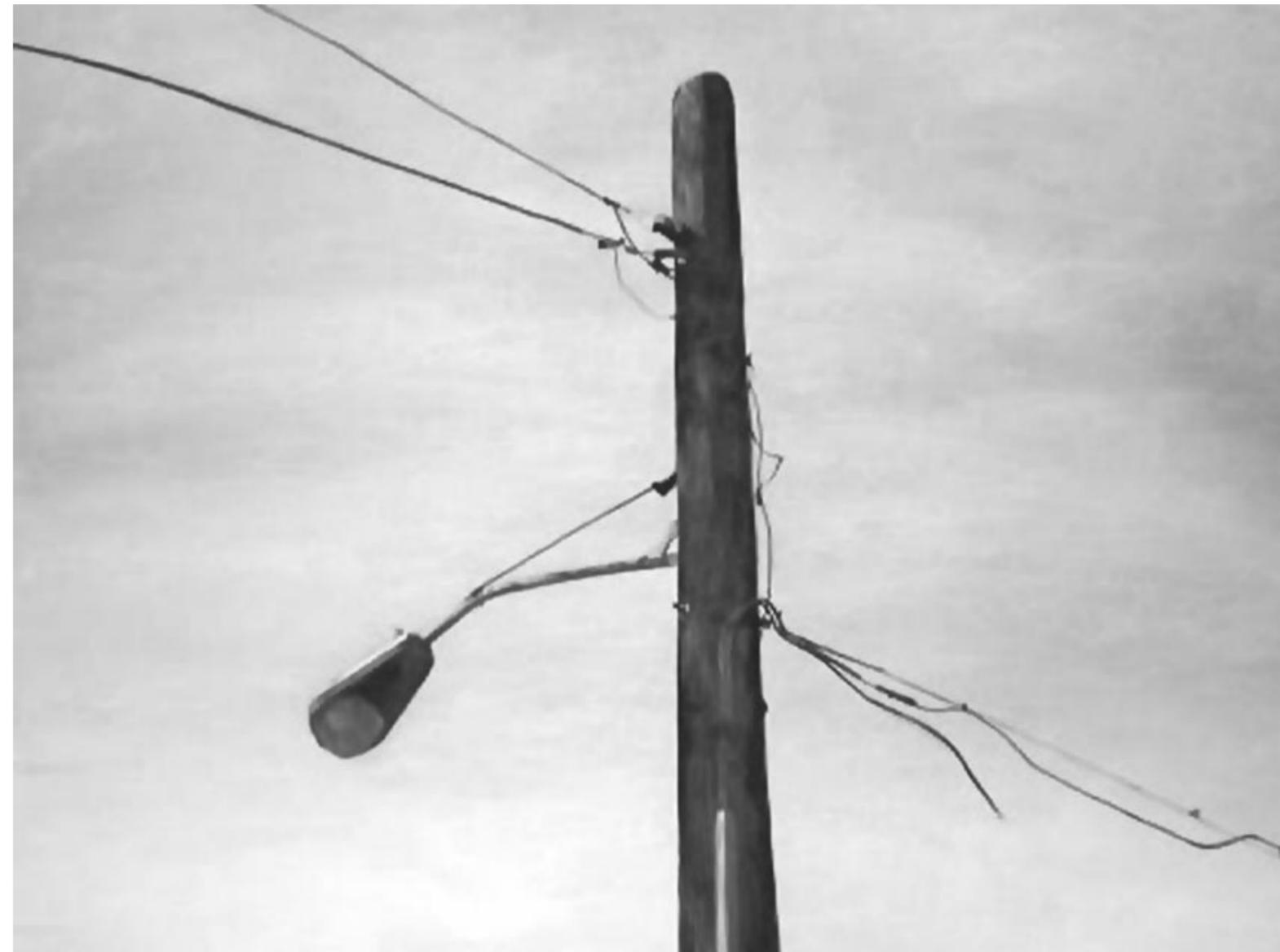
Los residentes mexicanos de Caléxico y Mexicali deben fijarse en que los empresarios del Teatro México están en condiciones de ofrecerles programas más de su agrado que los teatros de Caléxico, donde no son nada escrupulosos para aceptar las películas antimexicanas que han dado en circular de un tiempo a la fecha en el sur de los Estados Unidos. Además, el Teatro México cobra precios más bajos que los cines americanos.

Otro tema que era tocado semanalmente por este periódico eran noticias locales de tipo policiaco, de sociales, de transportes y comunicaciones, e incluso personales. Así se mencionaba que el ingeniero Gonzalo Garita “ha estado recluido en sus habitaciones durante la semana pasada, atendiéndose una enfermedad ligera”, o que el propio agente de anuncios de *La Vanguardia*, el señor William Clay Silver, “está en el hospital St. Thomas de El Centro, curándose de las fracturas que sufrió en el accidente automovilístico de que hemos hablado anteriormente... pero va de mejoría y tal vez pronto pueda dejar la cama”. En lo estrictamente policiaco, el panorama fronterizo que exponía *La Vanguardia* no era el de una sociedad decente y bien portada, como hoy quieren hacernos creer los añoradores del pasado, sino un mundo al estilo del viejo oeste donde las riñas callejeras o en los

propios lugares de diversión y de trabajo estaban al orden del día, como ocurrió en Ensenada, cuando “dos jóvenes de esta población” se pelearon. “Fue el teatro de los hechos la cantina de John Hussong y ambos rijosos salieron con ligeras contusiones en la cara”. Al mismo tiempo, *La Vanguardia* no era un periódico que sólo buscaba darse a conocer en el Distrito Norte de la Baja California y en el sur de California. Héctor González, como buen hijo de Nuevo León, lo mandaba a su estado natal y lo ofrecía como intercambio a otros periódicos similares en el interior del país, lo que trajo noticias de amigos y conocidos celebrando la aparición del semanario y dando cuenta de su edición moderna y progresista:

“La semana”, simpática revista ilustrada que publica en Monterrey, N. L., un grupo entusiasta de bazaros

RESISTENCIA I / ÓLEO SOBRE TELA / 100 X 80 CM



muchachos periodistas, nos saluda con estos cariñosos renglones, que son, pueden creerlo, las palabras de bienvenida que más nos han llegado al corazón, como que vienen de compañeros, de antiguos compañeros de locuras de colegial y de la inolvidable patria chica, siempre amada, del Director de “La Vanguardia”.

“LA VANGUARDIA”

En uno de los días de la semana que termina hoy, llegó a nuestra mesa de redacción el primer número de LA VANGUARDIA revista hebdomadaria de arte y política que ha empezado a publicarse en Mexicali, B. C., bajo la dirección de nuestro viejo amigo el culto escritor neoleonés Lic. Héctor González.

La presentación de LA VANGUARDIA es excelente, y a su material literario seleccionado cuidadosamente aduna artículos de trascendencia política, encaminados en su mayoría a dar a conocer el progreso sensible de nuestro lejano territorio y a fomentar sus fuentes de riqueza.

Nosotros no podemos menos de agradecer muy sinceramente el envío de LA VANGUARDIA, y desear todo género de aciertos a su talentoso y culto director, el Sr. Lic. González, para quien hay grandes simpatías y hondos afectos en esta casa.

Recuérdese que Héctor González fue compañero de aventuras estudiantiles de Nemesio García Naranjo, otro célebre periodista nacional. Fue en 1915, cuando llegó al Distrito Norte un joven y emprendedor abogado que recibió aquí el cargo de juez de primera instancia por órdenes del coronel Esteban Cantú. El mismo año de 1917, cuando fundó *La Vanguardia*, el joven Héctor ingresó a la política local apoyando a un paisano suyo, el doctor Ignacio Roel, en la búsqueda de un puesto de elección popular, creando para ello el club político Benito Juárez que, como dice el historiador Celso Aguirre, fue “la primera organización de carácter político constituida en la municipalidad de Mexicali”, club que logró —con el obvio espaldarazo del coronel Cantú— que la planilla de Roel fuera la triunfadora ese año y los siguientes. Para 1918, don Héctor ya no era sólo un periodista sino que también ejercía como regidor del ayuntamiento de Mexicali y más tarde fue nombrado consultor del mismo ayuntamiento e intervino, con sus conocimientos jurídicos, en el estudio que consideraba la elevación del recién fundado puerto de San Felipe a la categoría de Delegación.

En ese mismo año de 1918, Héctor González formó parte, como secretario, de la comisión reguladora de precios; en 1920 participó en otra comisión para ampliar las vialidades de Mexicali y, además, aprobó la creación de un escudo de la ciudad, proyecto que no llegó a realizarse ante el colapso del régimen cantuista. Por otro lado, toda esta mezcolanza de actividades —jurídicas, periodísticas y políticas— dan noticia de que el periodismo era, para aquellos que lo practicaban en la segunda década del siglo XX, una plataforma para brincar a otras actividades más prestigiosas o productivas. Ser periodista era una manera más de ser político, es decir, de ser una figura pública, respetada o temida, pero figura pública al fin en los círculos del poder en la Baja California de aquellos tiempos.

Pero más que San Felipe, Ensenada (con su carnaval) o Tijuana (con sus diversiones), *La Vanguardia* fue, en sus tres años de vida, un periódico de y para los mexicalenses. La mayoría de sus noticias eran locales aunque las noticias mundiales se colaran de vez en cuando, como los acontecimientos bélicos que conmovían a la opinión pública y cuyo teatro de operaciones era Europa en plena etapa final de la Primera Guerra Mundial. Las noticias, tremendistas y de impacto en todos los casos, iban desde “Cómo es el Kaiser según lo retrata su chauffeur” hasta “Un gran combate aéreo vendría a decidir la guerra europea”, y habían sido tomados de periódicos estadounidenses y de revistas europeas de la época. Lo curioso aquí es que las noticias nacionales, de asuntos políticos y gubernamentales, sólo aparecían esporádicamente y sin explicaciones previas. Era como si los bajacalifornianos estuvieran, con *La Vanguardia*, a una dieta de noticias del resto del país (excepto cuando éstas eran chistosas y ocurrentes) y pudieran enterarse mejor de lo que pasaba en Berlín que en la ciudad de México. Una sutil autocensura noticiosa para crear una falsa tranquilidad en la península. Como defensora del régimen cantuista, da a conocer una carta pública, titulada “A nuestros detractores locales, únicos que tiene *La Vanguardia*”, donde se presenta, a ocho columnas, el ideario y la clara posición política del primer periódico de la capital del Distrito Norte. Un manifiesto esencial del periodismo bajacaliforniano de la etapa revolucionaria que ponía los puntos sobre las relaciones entre el poder y la prensa local, entre lo sabido y lo publicado, constatando así la subordinación de la prensa

PERO SI ALGO SE INSISTE EN QUE NOS OCUPEMOS DE PEQUEÑECES QUE ALBOROTEN EN LAS TERTULIAS LOCALES, ALGÚN DÍA PODREMOS HACERLO Y, ENTONCES, QUIZÁS LO LAMENTEN ÉSOS QUE NOS ANDAN TIRANDO MORDISCOS

LA VANGUARDIA

como una comparsa del caudillaje cantuista y como sosegadora de la opinión pública, a la que no había que perturbar con pasiones políticas ni exigencias sociales. La serenidad sobre la mordacidad. La mesura sobre el escándalo:

Con la presente edición, lleva LA VANGUARDIA treinta y dos semanas de vida. Durante este tiempo, hemos dedicado todas nuestras energías al desarrollo de la idea alta y patriótica que estampamos en nuestro programa y que se puede condensar en estas palabras: acercamiento de la Baja California al resto de la República Mexicana; ampliación del conocimiento de la Baja California y de sus recursos en México, e introducción de mexicanismo en la Baja California.

Hasta la fecha creemos haber cumplido puntual y honradamente con el compromiso contraído en el primer número de nuestro semanario. Con grandes dificultades, porque hemos tenido muchas con grande gasto de dinero y de energía hemos sostenido una lucha calla e invisible, día por día y momento por momento, no para hacer un negocio, ni siquiera mediano, sino para servir y luchar por una idea, porque nunca fundamos este periódico para hacer dinero, sino para desarrollar un programa.

Tenemos la conciencia de la utilidad y de la trascendencia de nuestra labor. Y si no podemos decir que LA VANGUARDIA nos ha dado mucho dinero, sí podemos decir —y lo decimos con orgullo— que en ella hemos estado cumpliendo una misión, que desgraciadamente muchos miopes no comprenden.

Nuestro premio han sido las palabras de aliento que nos han venido de muchas partes de la República y de los Estados Unidos y el apoyo y las simpatías de mucha gente que comprenden lo que significan y alcanzan nuestros esfuerzos.

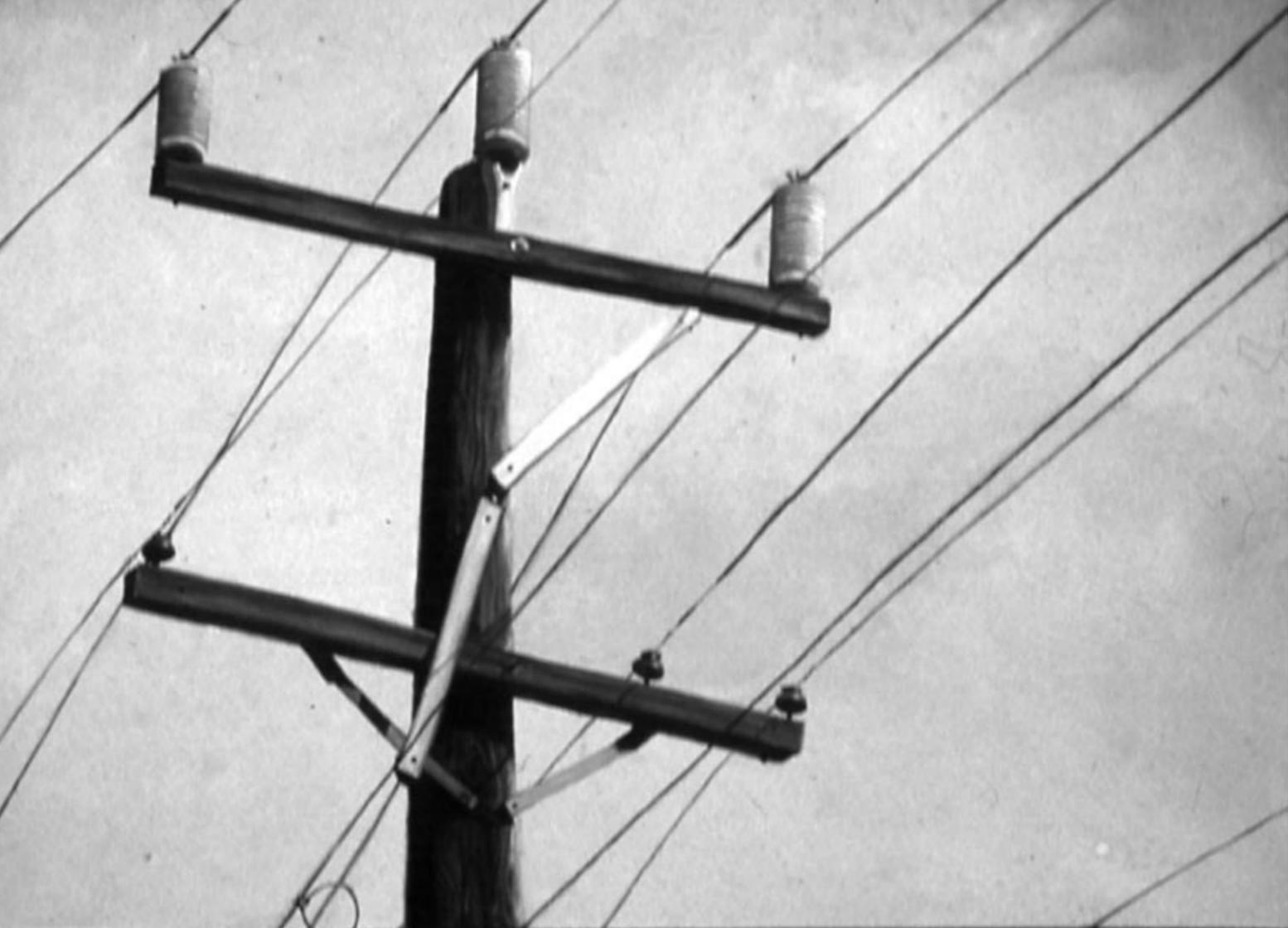
Hemos tenido otra satisfacción, la de todos los que hacen una obra meritoria: la satisfacción de que lo nieguen y muerdan los vecinos, en este caso algunos dizque peritos en periodismo y en finanzas, personajes de vecindad, que se mofan de que no escandalicemos, semana por semana, con artículos amarillos, y de que la salida de nuestro periódico no cause en Mexicali la sensación de la llegada de una verdulera borracha.

Nuestro periódico no es de escándalo. No dice ni dirá mentiras; verdades sí puede decir unas pocas y amargas el rato menos pensado. Nuestro periódico es para la gente serena, que gusta de aislarse de las rudezas de la vida diaria en el placer espiritual de la lectura; es para el pueblo, que quiere que se le instruya y se le marquen caminos y que alguien se preocupe de hacerle bien.

No nos hemos ocupado ni nos ocupamos de pequeñeces de vecindad, ni de atizar la guerra civil de México, porque creemos que eso no es patriótico.

Pero si algo se insiste en que nos ocupemos de pequeñeces que alboroten en las tertulias locales, algún día podremos hacerlo y, entonces, quizás lo lamenten ésos que nos andan tirando mordiscos.

Un aspecto importante a considerar aquí es la extrema similitud que hay entre dos de los principales periódicos de la época de los que ahora tenemos suficientes ejemplares para seguir su evolución. Hablo de *El Progresista* (1903-1904) de Ensenada y de *La Vanguardia* (1917-1920) de Mexicali. A pesar de los quince años que los separan —y estos quince años son los que van de la paz porfiriana al régimen revolucionario constitucionalista bajo el mando de Venustiano Carranza—, las diferencias entre ambos periódicos son mínimas, tal vez porque las diferencias políticas, en Baja California, eran igualmente mínimas: una zona al margen de la turbamulta de la Revolución,



aún en la esfera del porfirismo científico y progresista, donde se vivía en el limbo: como si todo México siguiera igual, sin cambios.

Si *La Vanguardia* se dedicaba a aplaudir las políticas y obras públicas del coronel Esteban Cantú en 1918, lo mismo hacía en 1903 *El Progresista*, sólo que en este caso las alabanzas iban al coronel porfirista Celso Vega, el entonces gobernante del Distrito Norte. Lo más interesante, sin embargo, es que la mayor coincidencia entre ambos periódicos es cultural, es de sensibilidad artística. Pedro N. Ulloa, el jefe de redacción de *El Progresista* y Héctor González, el director de *La Vanguardia*, tenían algo en común: ambos eran literatos y ambos eran creadores en ciernes. Ulloa escribió en las páginas de su periódico encendidos poemas de corte modernista y cuentos a la Edgar Allan Poe, mientras que don Héctor aprovechó los distintos espacios de su publicación, que llegó a tener doce páginas, para

dar a conocer su traducción de *El cuervo* de Allan Poe y su ensayo “El negrito poeta”, que en 1918 publicó en forma de libro y que debe ser visto como el primer libro de ensayo literario dado a la luz en Baja California. Y ambos periodistas, para finalizar, les gustaba por igual formar parte de agrupaciones artísticas como de participar en tertulias culturales. En esta situación, González dio la noticia de “un acontecimiento artístico” de primer orden para un Mexicali cada día más diverso y cultivado con “la inauguración de la Sociedad Artística de Aficionados”, mejor conocido como SADA y donde el director de *La Vanguardia* participó en calidad de miembro y espectador de obras de teatro y conciertos musicales.

Un punto de unión más fue el propio concepto de progreso. En el semanario ensenadense, la idea de progreso implicaba la modernización tecnológica y la eficacia administrativa como el porfirismo la concebía:

un gobierno de gentes capaces trabajando con orden, respeto y armonía en pos de un ideal común de prosperidad y riqueza acumulada. En *La Vanguardia*, este concepto de progreso seguía en pie, pero ahora en una forma más modesta, menos propensa a creer que la prosperidad estaba a la vuelta de la esquina, pues ya la propia Revolución mexicana había dejado claro que la violencia —y no sólo el ideal reformista— podía impulsar la modernización del país. En vez de grandes ideales, el semanario mexicalense mencionaba hechos concretos, trabajos específicos para poner en marcha a la entidad con el apoyo de capitales extranjeros y mano de obra barata local. Una fórmula que se ha mantenido hasta la actualidad y que tuvo, en el desarrollo de las comunicaciones y transportes del Distrito Norte, la expresión más reconocida por una Baja California unida a través del servicio directo de correspondencia y pasajeros por vía terrestre, como lo indica el artículo “La comunicación entre Mexicali y Ensenada”, del 3 de marzo de 1918:

El servicio se hará en automóvil, los cuales saldrán de Mexicali los martes, jueves y sábados en las mañanas, y de Tijuana los miércoles, viernes y domingos, debiendo hacer unos y otros su recorrido en un término no mayor de doce horas. Los automóviles que vayan de Mexicali a Tijuana harán conexión en el rancho de Carrizo, un poco más allá de Tecate, con los que hacen el viaje de Tijuana a Ensenada, y entregarán la correspondencia que vaya para aquel puerto de la Baja California. A su vez los que vayan de Ensenada a Tijuana se encontrarán en el mismo rancho con los que vengan de Tijuana y Mexicali para entregar la correspondencia que venga de Ensenada. De este modo se tendrá un servicio rápido de correspondencia entre las principales poblaciones del Distrito, pues el correo puede entregar en la población de su destino el mismo día que sale de la de su procedencia. Es por demás extenderse en explicaciones acerca de las grandes ventajas que acarreará el establecimiento de este servicio, tanto por su rapidez, pues se harán doce horas en vez de tres ó cuatro días que se hacen en la actualidad, y se hará también por territorio nacional, mientras que en la actualidad se hace por intermedio del correo americano.

Pero toda fiesta tiene su fin y *La Vanguardia*, a pesar de sus manifiestos de independencia respecto al poder, tuvo como propósito no ser un negocio sino “servir

y luchar por una idea”, desarrollando el programa cantuista mientras éste pudo mantenerse en el poder. Por eso cuando el coronel Cantú no se sumó a la revolución de los sonorenses contra Carranza, su estancia en el gobierno de la Baja California tenía los días contados. Y lo mismo sucedió con *La Vanguardia* por su fidelidad al rey destronado y por su defensa, hasta el último cartucho-editorial, de su amigo y paisano.

Es necesario considerar aquí que para 1920 la buena suerte del coronel Esteban Cantú llegaba a su fin. Con la caída del régimen carrancista (que Cantú apoyó a pesar de las desconfianzas que éste le prodigaba) y con el asesinato en Tlaxcaltongo del propio Carranza, el cacique del Distrito Norte sintió que el grupo sonorenses (Obregón, Calles, Rodríguez, Hill, etc.) había tomado el poder como lo hiciera, en 1913, Victoriano Huerta: a sangre y fuego y sin merecimientos personales. Esta vez, los nuevos dueños de México, la facción sonorenses que se apoderaba de la Revolución mexicana y la encaminaba a una nueva etapa (la de los ajustes de cuentas en vez de grandes batallas), sabía que no podían permitirse el lujo de contar con un flanco descubierto como lo era Baja California, y exigieron la retirada del coronel Cantú de la arena pública. A la vez, los periodistas ensenadenses, al ver el cambio de banderas, se pasaron al bando obregonista y renovaron sus ataques, desde San Diego, California, contra el cacique en desgracia.

Cantú, al principio, pareció acceder a las peticiones de los sonorenses, pero terminó por darle un palmo en las narices al gobierno de transición. *La Vanguardia* le sirvió para dar a conocer su ideario. El doctor Ignacio Roel y Héctor González, sus principales redactores, participaron activamente en la defensa periodística y jurídica del régimen de Cantú. En un exordio enviado, en forma de telegrama, por el ayuntamiento de Mexicali, en cuya redacción intervino González, se le pedía al general Álvaro Obregón que se mantuviera a Cantú “con el cargo que actualmente desempeña de gobernador de este Distrito Norte, teniendo en cuenta que un cambio en el gobierno de este Distrito Norte no es necesario puesto que su actual mandatario ha proporcionado a todos sus habitantes amplias garantías a sus vidas e intereses dentro de la ley y ha desarrollado de una manera asombrosa en esta región del país ideas todas de acuerdo con el patriótico programa que se propone desarrollar nuestro gobierno provisional”.

Al ver los sonorenses que Cantú se resistía a abandonar el poder mandaron una expedición punitiva en su contra, comandada por el general Abelardo L. Rodríguez, que provocó sentimientos exaltados entre los residentes fronterizos que temían lo peor. Al aproximarse las fuerzas expedicionarias del gobierno federal, Cantú decidió no luchar y se pasó a los Estados Unidos, el 18 de agosto de 1920. Unas semanas más tarde, el 20 de septiembre, *La Vanguardia* dejó de publicarse. Con su desaparición se cerró una etapa de la prensa bajacaliforniana: la del lustro cantuista.

En su famosa *Historia del periodismo y la imprenta en el territorio norte de la Baja California* (1943), Armando Ives Lelevier, su autor, señala que “el primer periódico serio, con arraigo y una amplia ejecutoria en el campo del periodismo mexicalense fue *La Vanguardia*” y Alfonso Rangel afirma que “fue la primera publicación aparecida en lengua española” en Mexicali. Pero no fue la única aventura periodística de Héctor González. Junto con Ricardo Covarrubias fundó, el 17 de enero de 1920, el periódico *El Monitor*, que iba a ser un órgano independiente, sumamente molesto, de los gobiernos civiles que se sucedieron entre 1920 y 1923, así como un periódico de oposición al gobierno del sonorenses Abelardo L. Rodríguez.

Pero Héctor González ya no vería eso. Tras la caída del régimen cantuista y la falta de incentivos políticos en la entidad, no le quedó otra que regresar a casa, a su ciudad natal. A fines de 1920 estaba, de nuevo, en Monterrey, y pronto, con el apoyo de sus numerosas amistades reinició su labor periodística y literaria. Fue editorialista de *El Porvenir* en los años veinte y fundador, en 1937, de la revista *Mundo Nuevo*. Continuó practicando el ensayo histórico y la crítica literaria. Entre sus obras más conocidas, posteriores a su periodo bajacaliforniano, están su *Curso breve de literatura* (1927), *Historia general de la literatura. Apuntes* (1931) y *Siglo y medio de cultura nuevoleonense* (1946). A su labor como maestro emérito, debe añadirse su nombramiento, en 1933, como primer rector de la Universidad de Nuevo León. Más tarde llegó a ser miembro del Ateneo Nacional y del Pen Club.

Tal vez quien mejor comprendió el legado de Héctor González al periodismo en general y al desarrollo de la prensa bajacaliforniana en particular fue Pedro F. Pérez y Ramírez (Peritus), otro historiador del cuarto poder, quien en su libro *Hombres, hechos y cosas* (1991) expuso que el periodismo en Mexicali:

Fue la respuesta a una necesidad o a muchas necesidades, y nada tuvo, por lo mismo, de extraordinario. Surgió dentro de las dimensiones exactas, políticas, económicas y sociales de una comunidad cercana al millar de habitantes y que deseaba, ante la enorme influencia del idioma inglés, contar con órganos periodísticos en español.

El periodismo mexicalense, y creemos que el de toda la entidad, nació adecuado no solamente a un ritmo sino también a un estilo de vida un tanto diferente al contexto de la generalidad de la provincia mexicana, que en algunos lugares lo fue y lo sigue siendo substancialmente pacífico, sedentario y devoto... mientras que en estas tierras la existencia del hombre surgió entre retos y sorpresas, entre nostalgias y empeños... Por una parte, la distancia al macizo de la patria y el olvido en que se le tenía por las autoridades del centro y así como los elementos naturales que resultaban extremos y agresivos y en no pocas veces mortales, tendría que influir indudablemente en la palabra y la acción, y consecuentemente en el trazo y planteamiento y el concepto final de los primeros periódicos, como en los que se están haciendo hoy y los que se harán en el futuro en este nuestro ambiente periodístico: con el atributo de claridad y franqueza: “a la moda del norte”.

Esa “moda del norte” que nos legara *La Vanguardia*, el primer periódico en ofrecernos una visión íntima de un mito fundacional: el de la ciudad capital de Baja California, el del Mexicali pionero y cumplidor. O como la cantara, en el número del 12 de mayo de 1918, Lorenzo Rosado, poeta que disfrutara a Mexicali, un cinco de mayo, y bajo el sol que todos conocemos, por lo que tituló a su poema “¡Homenaje al sol de Mayo!”:

Los clarines resonantes,
los clarines
que en el tul de la mañana
llueven rosas tremulantes
de los épicos jardines;
y la diana
que desgrana
su collar de gemas líricas al batir del tambor;
y el desgaire
con que al golpe audaz del aire
desenvuélvase el prodigio de una seda tricolor,
cómo evocan glorias idas, las lejanas epopeyas

(LEER LA VANGUARDIA) ES EVOCAR “COSAS GRANDES” DE LA FUNDACIÓN DE MEXICALI Y DE LAS “GLORIAS IDAS” DE LA ETAPA CANTUÍSTA.

de un entonces
que en la historia pulió bronce
y encendió en el patrio cielo el joyel de sus estrellas,
y los himnos en que el viento
transportar quiere el acento
de una raza que pasó, que pasó envuelta en las clámides
del romance, de una raza de esforzados cuya proeza
memoraran las pirámides;
y este ardiente sol de mayo, sol fulgente
que irradió gloria en la frente
del bronceo batallón;
y esta brisa que en la pugna de dos huestes no vencidas
sopló ardor en las arterias de los músculos de león,
como evocan glorias idas,
como evocan cosas grandes, Salamina, Maratón!

Evocada en estos días, días blancos, diamantinos,
en que, Patria, blancas piedras señalaron tus caminos,
cuán hermosa desde un fondo de tristezas te levantas
o reprimes el gemido y la noble sien ceñida
de laureles soberanos,
con la voz de dos océanos,
patria, cantas!...

Cuán hermosa te levantas desde un fondo de tristezas
evocada por un rayo milagroso de este sol;
evocada por un rayo
de este alegre sol de mayo.

Hacia atrás, sobre la frente de la hirsuta cumbre van
agolpándose las plúmbeas torvas nubes y un siniestro
gritar de águilas estride bajo un soplo de huracán.
Mas tú, Sol, tú resplandeces trasponiendo las
[tormentas

y suspenso como una hostia sobre el ara de los Andes,
con tus claras radiaciones no extinguidas
cómo evocas cosas grandes
y revives glorias idas!

Y lo mismo podría decirse de *La Vanguardia*. Leerla es evocar “cosas grandes” de la fundación de Mexicali y de las “glorias idas” de la etapa cantuista. Radiaciones periodísticas todavía no extinguidas, huellas perdurables de un poeta, periodista, ensayista y promotor cultural de la talla de Héctor González, quien muriera de un ataque al corazón en su ciudad natal en 1948 y del que el poeta español Pedro Garfias dijera frente a su tumba:

Hombre jovial, de liberada sangre;
dejaste hogar, esposa, hijos y nietos;
hiciste surco en donde la semilla
florece al sol y al viento
y te fuiste a donde —Dios de todos—
la voz crece sin ecos 🌸

Bibliografía

- González, Héctor (1993; 1ª edición, 1946). *Siglo y medio de cultura nuevoleonense*. Monterrey: Biblioteca de Nuevo León.
La Vanguardia, números 6, 8, 9, 10, 19, 20, 21, 22, 23, 24, 25, 31, 32, 33, 34 y 35.
Lelevier, Armando I. (1943). *Historia del periodismo y la imprenta en el territorio norte de la Baja California*. Edición de autor.
Peritus (pseudónimo de Pedro F. Pérez y Ramírez) (1991). *Hombres, hechos y cosas. El periodismo en Mexicali (1915-1959)*. Edición de autor.
Trujillo Muñoz, Gabriel (1997). *Literatura bajacaliforniana siglo XX*. Editorial Larva.
La canción del progreso. Vida y milagros del periodismo bajacaliforniano (2000). IMAC.